

## Un objetor de conciencia

Treinta y ocho personalidades israelíes han hecho una llamada al general Moshe Dayan para pedir la liberación de Giora Neuman, un objetor de conciencia que ha pasado hasta ahora ciento noventa y cinco días en la cárcel por haberse negado a cumplir su servicio militar. La razón que aduce es la de no querer servir en un ejército de ocupación. Los profesores de Universidad, escritores, artistas y miembros de «kibbutzim» que han firmado la petición dirigida a Dayan no son todos izquierdistas ni mucho menos. Si han decidido intervenir a favor de este objetor de conciencia es porque:

1. Giora Neuman se ha declarado dispuesto a trabajar durante tres años (duración del servicio en Israel) dentro del marco del «shalat» —servicio nacional no remunerado—, en un hospital o en un «kibbutz», a condición de que este último no se encuentre en los territorios ocupados.

2. Al aceptar cinco penas sucesivas de treinta y cinco días de cárcel cada una (aparte de los veinte días pasados en prisión en espera de su proceso), Giora Neuman ha demostrado a la vez su sinceridad y la fuerza de sus convicciones.

3. Dado el hecho de que todos los años se libran del servicio militar millares de estudiantes de Yeshiva (seminario religioso judío), no es justo, estiman los signatarios de la petición, que un «laico» sea objeto de discriminación.

La historia de Giora Neuman, izquierdista y miembro del Matzpen, comienza a preocupar hasta a los israelíes que no comparten sus ideas. Como señalaba hace poco un lector del periódico independiente «Haaretz»: «No soy objetor de conciencia, pero estimo que todo hombre tiene derecho a vivir de acuerdo con los dictados de su conciencia». El fenómeno Giora Neuman y la siguiente creación de un comité de apoyo no tienen precedentes en la Historia de Israel: las autoridades de este país tratan de aplastar, en la persona de Giora Neuman, toda oposición basada en razones ideológicas precisas a una política expansionista cuyo instrumento es el Ejército.

## Un sacerdote en libertad

Por el tono cobrizo de su piel, sus pómulos salientes, la forma

redondeada de su rostro y su abundante cabellera, parece un indio bajado de las montañas Rocosas. Sin embargo, su padre era irlandés y su madre alemana. Este jesuita de cincuenta y un años, Daniel Berrigan, lleva años militando en pro de la paz en Vietnam. «Pero no como político —precisa—, sino como poeta».

En 1968, con uno de sus hermanos, Philip, también sacerdote, Daniel Berrigan arroja al fuego unas cuantas cartillas de reclutamiento americanas. Juzgados en Catonsville, los Berrigan son condenados. Daniel desaparece para ser detenido sólo cuatro meses después. Pasa entonces diecinueve meses en la cárcel. El recientemente fallecido Edgar J. Hoover maquina entonces contra los ami-



gos pacifistas de Daniel Berrigan, entre los que figura su hermano, a quienes acusa de intento de rapto del consejero especial de Nixon, Henry Kissinger... El proceso entablado entonces dura cuatro meses; las deliberaciones, las más largas de la Historia de los Estados Unidos, siete días... Por fin, victoria de los pacifistas, a los que se reconoce inocentes.

Durante su permanencia en la cárcel Daniel escribió una obra de teatro: «The trial of the Catonsville nine» («El juicio de los nueve de Catonsville»), convertida en película por Gregory Peck con el mismo título. Berrigan, en libertad condicional, consiguió el permiso para presentar la película en Francia.

En París, Daniel Berrigan se entrevistó con diversos sacerdotes obreros a los que había conocido en 1953. Algunos de ellos continuaban en el seno de la Iglesia, otros se habían casado. Berrigan comentó: «Es absurdo. ¿Por qué impide el matrimonio a los sacerdotes trabajar en equipo? Creía que en Francia habría valor suficiente para encontrar una solución. Pero no, en este país ocurre exactamente lo mismo que en los Estados Unidos...».

Daniel Berrigan habló sin miramientos de ninguna clase. Para él los católicos son «buenos ciu-

dadanos, buenos consumidores». Hay que hacerles reflexionar. Tal es el papel que Berrigan atribuye a sus amigos: el de ser los aguafiestas de la gran farsa y de la buena conciencia; el de explicar por qué, como cristianos y como sacerdotes, se oponen al poder y también por qué tratan de escapar a la justicia. Daniel Berrigan y sus amigos quieren escandalizar para despertar a esa Iglesia dormida «que llega siempre para dar sepultura a los muertos, porque los vivos no le apasionan».

«Los obispos americanos son mucho más responsables que los alemanes bajo Hitler. Saben lo que está ocurriendo en Vietnam y en otras partes y no hacen nada por impedirlo. Después de diez años de guerra, lanzan una llamada en favor de la paz y creen haber cumplido su misión. Es repugnante...». Tampoco escatimó críticas a la Compañía de Jesús: «Está ligada al poder a través de sus Universidades. Pero el poder es el dinero, la muerte, y el Evangelio, por el contrario, es vida...».

## VENEZUELA

### El «spanglish»

Hablemos un poco en «venezolano» para ver si nos entendemos. Los términos del deporte son en su casi totalidad ingleses (o mejor dicho, norteamericanos); así, en el béisbol (*baseball*), usted puede «conectar un «hit», puede ser víctima de un «struck out» o de un «foul», puede limitarse a conectar un «fly» o, si se enfada con el «pitcher», puede sentarse en el «dogout».

Más interesante que la presencia de estos términos es su uso metafórico popular, con una pronunciación que recuerda la del inglés. Así, si usted tiene suerte con las mujeres, entonces usted es un «hit» como don Juan. En cambio, si tiene mala suerte, ello implica que las muchachas siempre le «estrocaron», y que, en definitiva, usted es un verdadero «fao», ya que no puede «quetcheat» (*catcher*) de ninguna de ellas ni el más mínimo «flaquito». El que nos invita y nos paga la cerveza es un buen «pitcher». Si, como suele suceder en Caracas, unos policías acribillan a algún hampón o a algún estudiante a balazos, entonces éstos llegan «a jom» (*home*), es decir, se mueren. Cuando un jugador de béisbol debe agacharse para recoger una bola baja, se dice que hace un «pick-up», o sea, un «picón»; pero entonces, cuando una muchacha debe hacer lo mismo con cualquier fin y usted alcanza a verla los «bloomers», se dice que usted le ha «cogido un «picón». Imaginemos, por tanto, lo que pensaría un venezolano corriente y no muy enterado de lo que significó antiguamente en castellano la voz «picón» de aquellos versos de Sor Juana Inés de la Cruz: «Cuando estás enojada, me resue-

llo; / cuando me das picones, me refino».

Y hablando de prendas íntimas, las muchachas usan *baby doll*, *bloomers*, *brassieres*, prendas *strapless* y *zipper*. Y cuando no llevan puesto absolutamente nada hacen un *strip-tease*.

El venezolano, a cada instante, aprueba con un *okey* llegado a Venezuela por las mismas vías por las cuales se llevan los norteamericanos el petróleo. No dice «mamá» o «papá», y ni siquiera «máma» o «pápa» (como se decía en España antes de los Borbones), sino que, con un cierto dejo muy especial, dice «mami» y «papi»: horrenda influencia del cine norteamericano. Pues este es el país donde ya los niños no vienen de París, sino de Nueva York, o mejor dicho «niuyor», como dicen aquí los «ejecutivos» o «executive-men».

Si usted pertenece a la clase alta, o sea, a la «jai» (*high life*), ello significa que usted está «in»; en cambio, si es un *patanelsuelo* está completamente «out». Una persona «in» sólo bebe vinos «Chablis», «Chateaufeuf du Pape» y no se rebaja a gastar la mitad en un «San Felipe» chileno, que, sin embargo, es sabrosísimo. Y en el «restaurant» pedirá bisté, turnedo, «coquilles», grillé, pero jamás un hervido de gallinas. Si desea echarse unos tragos (o «copas», como dicen los recién llegados de Europa), en modo alguno irá a una *taberna*, que es sinónimo de antro de borrachera: irá a un «bar», o a una «fuente de soda», o a un «night-club», o a una «boite», donde pedirá, naturalmente, *whisky*, *brandy*, *champán*, o algún complicado *cocktail*. Y es muy posible que allí se le presente algún *flirt* con alguna muchacha «pimentosa» (de *pep* y *pepper*), con la cual bailará *rock and roll*, *twist*, *surf*, *madi-son*, *frog*, *monkey*,  *jerk* o, si se siente nostálgico, un *charleston*.

Si usted es capitalista, pertenecerá a algún *trust*; si es boxeador, le sonarán el *gong* en el *ring*, si tiene la suerte de que no le conecten un «opercaut» en el hígado; si es un hombre deportivo, usará *jeep*; si es un ejecutivo viajero, se montará en un *jet*; si es oficinista, vivirá poniendo *clips* y emborrionando algún *stencil*; si es nervioso, tendrá algún *tic* y puede que le hagan algún *test* o le incluyan en algún *survey*; si es fotógrafo, hará muchos *flash* (cuando no *flashes*), y si es usted un idiota será un *snob*.

Los políticos hablan aquí mucho de «retaliación», indicando algo así como «venganza» o «represalia»: lo toman del inglés *retaliati*, que significa sufrir la ley del Talión. Y hablan también los políticos, inspirados en el inglés, de «estados de emergencia», «conferencias de alto nivel» o «en la cumbre» («summit») y de la «escalada» de Vietnam. ■ LUDO-VICO SILVA.